

➤ *Papa Francisco, Discurso a los miembros de Comunión y Liberación, con motivo del 60 aniversario del nacimiento del movimiento y el décimo aniversario de la muerte de su fundador, Mons. Luigi Giussani (7 de marzo de 2015).*

*Don Giussani no os perdonaría que perdierais la libertad
y os transformarais en guías de museo*

Discurso del papa Francisco a los miembros de Comunión y Liberación, con motivo del 60 aniversario del nacimiento del movimiento y el décimo aniversario de la muerte de su fundador, Mons. Luigi Giussani.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Les doy la bienvenida a todos ustedes y ¡les agradezco por su caluroso afecto! Dirijo mi cordial saludo a los cardenales y a los Obispos. Saludo a Don Julián Carrón, Presidente de su Fraternidad, y le agradezco por las palabras que me ha dirigido en nombre de todos; y le agradezco también, Don Julián, por aquella bonita carta que usted escribió a todos, invitándoles a venir. Muchas gracias.

Mi primer pensamiento va a su Fundador, Mons. Luigi Giussani, recordando el décimo aniversario de su nacimiento para el Cielo. Me siento agradecido a Don Giussani por varios motivos. El primero, más personal, es el bien que este hombre me hizo a mí y a mi vida sacerdotal, a través de las lecturas de sus libros y sus artículos. La otra razón es que su pensamiento es profundamente humano y llega hasta el más íntimo anhelo del hombre. Ustedes saben cuán importante era para Don Giussani la experiencia del encuentro: encuentro no con una idea, sino con una Persona, con Jesucristo. Así él educó a la libertad, guiando hacia el encuentro con Cristo, porque Cristo nos da la verdadera libertad. Hablando del encuentro, me viene a la mente “La vocación de Mateo”, aquel Caravaggio ante el cual me detenía por un largo rato en San Luis de los Franceses, cada vez que venía a Roma. Ninguno de los que estaba allí, incluido Mateo ávido de dinero, podía creer en el mensaje de aquel dedo que lo indicaba, el mensaje de aquellos ojos que lo miraban con misericordia y lo elegían para que lo siguiera. Sentía aquel estupor del encuentro. Es así el encuentro con Cristo que viene y nos invita.

Todo, en nuestra vida, hoy como en los tiempos de Jesús, comienza con un encuentro. Un encuentro con este Hombre, el carpintero de Nazaret, un hombre como todos y al mismo tiempo diferente. Pensemos en el Evangelio de Juan, allí donde cuenta el primer encuentro con los discípulos con Jesús. Andrés, Juan, Simón: se sintieron mirados profundamente, conocidos íntimamente, y esto generó en ellos una sorpresa, un estupor que, inmediatamente, les hizo sentir ligados a Él... O cuando después en la resurrección, Jesús le pregunta a Pedro: “¿Me amas?” y Pedro responde ‘Sí’, aquel ‘sí’ no era el resultado de una fuerza de voluntad, no venía sólo de la decisión del hombre Simón: venía antes que nada de la Gracia, era el aquel ‘primerear’, aquel el preceder de la Gracia. Éste fue el descubrimiento decisivo para San Pablo, para San Agustín, y para muchos otros santos: Jesucristo es primero, siempre nos primerea Jesucristo nos precede; cuando nosotros llegamos, Él ya nos estaba esperando. Él es como la flor del almendro: es la flor que florece primero, y anuncia la primavera.

Y no se puede entender esta dinámica del encuentro que suscita el estupor y la adhesión sin la misericordia. Sólo quien ha sido acariciado por la ternura de la misericordia, conoce verdaderamente al Señor. El lugar

privilegiado del encuentro es la caricia de la misericordia de Jesucristo hacia mi pecado. Es por esto, algunas veces, que ustedes me han escuchado decir que el lugar, el lugar privilegiado del encuentro con Jesucristo es mi pecado. Es gracias a este abrazo de misericordia que se sienten las ganas de responder y de cambiar, y que puede surgir una vida diferente. La moral cristiana no es el esfuerzo titánico, voluntarista, de quien decide ser coherente y lo logra, un tipo de desafío solitario ante el mundo. No. Esta no es la moral cristiana, es otra cosa. La moral cristiana es respuesta, es la respuesta conmovida ante una misericordia sorprendente, imprevisible, inclusive ‘injusta’, según los criterios humanos, de Uno que me conoce, que conoce mis traiciones y me quiere lo mismo, me estima, me abraza, me vuelve a llamar, espera en mí, se espera algo de mí. La moral cristiana no es no caer nunca, sino levantarse siempre, gracias a su mano que nos toma.

Y el camino de la Iglesia es también éste: dejar que se manifieste la gran misericordia de Dios. Dije, en días pasados, a los nuevos Cardenales: “El camino de la Iglesia es no condenar a nadie eternamente; es derramar la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con un corazón sincero; el camino de la Iglesia es precisamente el de salir de su propio recinto para ir a buscar a los lejanos en las ‘periferias’ de la existencia; es el de adoptar integralmente la lógica de Dios, que es aquella de la misericordia (Homilía 15 de febrero de 2015). También la Iglesia debe sentir el impulso alegre de convertirse en flor de almendro, es decir la primavera, como Jesús, para toda la humanidad.

Hoy ustedes recuerdan también los sesenta años del inicio de su Movimiento, “nacido en la Iglesia - como les dijo Benedicto XVI, - no por una voluntad organizativa de la Jerarquía, sino originado por un encuentro renovado con Cristo y así, podemos decir, por un impulso derivado últimamente del Espíritu Santo. (Discurso a la peregrinación de Comunión y Liberación, 24 de marzo de 2007: Enseñanzas III, 1 [2007], 557).

Después de sesenta años, el carisma original no ha perdido su frescor y vitalidad. Pero, recuerden que el centro no es el carisma, el centro es uno sólo, es Jesucristo. Cuando pongo en el centro mi método espiritual, mi camino espiritual, mi manera de ponerlo en práctica, me salgo del camino. Toda espiritualidad, todos los carismas en la Iglesia deben ser “descentrados”: ¡en el centro sólo está el Señor! Por eso cuando Pablo en su primera carta a los Corintios habla de carismas, de esta realidad tan hermosa de la Iglesia, del Cuerpo místico, termina hablando del amor, es decir, de aquello que viene de Dios, lo que es propio de Dios, y que nos permite imitarlo. No se olviden nunca de esto.

Y luego, ¡el carisma no se conserva en una botella de agua destilada! Fidelidad al carisma no quiere decir “petrificarlo” - es el diablo el que “petrifica” - no significa escribirlo en un pergamino y ponerlo en un cuadro. La referencia al legado que les ha dejado Don Giussani no puede reducirse a un museo de recuerdos, de decisiones tomadas, de normas de conducta. Comporta, en cambio, fidelidad a la tradición, y fidelidad a la tradición - decía Mahler - “significa tener vivo el fuego, no adorar las cenizas”.

Don Giussani no les perdonaría nunca que perdieran la libertad y se transformaran en guías de museo o adoradores de cenizas. ¡Mantengan vivo el fuego de la memoria de aquel primer encuentro y sean libres!

Así, centrados en Cristo y en el Evangelio, ustedes pueden ser los brazos, las manos, los pies, la mente y el corazón de una Iglesia “en salida”. El camino de la Iglesia es salir para ir a buscar a los lejanos en las

periferias, para servir a Jesús en cada persona marginada, abandonada, sin fe, decepcionada por la Iglesia, prisionera de su propio egoísmo.

“Salir” también significa rechazar la ‘auto referencialidad’, en todas sus formas, significa saber escuchar a quien no es como nosotros, aprendiendo de todos, con sincera humildad. Cuando somos esclavos de la auto referencialidad, acabamos cultivando una “espiritualidad de etiqueta”: “Yo soy CL”; y caemos en las mil trampas que nos ofrece la autocomplacencia referencial, aquel mirarnos en el espejo que nos lleva a desorientarnos y a transformarnos en meros empresarios de una ONG.

Queridos amigos, me gustaría terminar con dos citas muy significativas de Don Giussani, una de los inicios y una del final de su vida.

La primera: “El cristianismo nunca se realiza en la historia como fijeza de posiciones que hay que defender, que se planteen ante lo nuevo como mera antítesis; el cristianismo es principio de redención, que asume lo nuevo, salvándolo" (Porta la Speranza. Primeros escritos, Génova 1967, 119).

La segunda del 2004: "No sólo nunca tuve la intención de “fundar” nada, sino que creo que el genio del movimiento que he visto nacer consiste en haber sentido la urgencia de proclamar la necesidad de volver a los aspectos elementales del cristianismo, es decir, la pasión del hecho cristiano como tal en sus elementos originales, y basta" (Carta a Juan Pablo II, 26 de Enero de 2004 con motivo de los 50 años de Comunión y Liberación).

Que el Señor los bendiga y la Virgen los custodie. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana